

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 97

40 Cents.

26 DICIEMBRE
1926
HERNANDEZ
MUNICIPAL

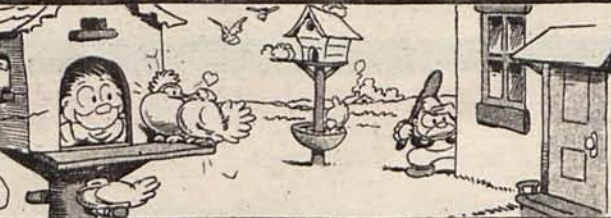


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



¡QUEDA DEMOSTRADO QUE EL QUE SE ENFADA ES MI HERMANITO Y NO YO. TIN ES UN BUEN CHICO, PERO NO ES UNA PALOMA PRECISAMENTE ESPEREMOS QUE PASE LA TORMENTA PARA HACERLE UNA TRASTADA!



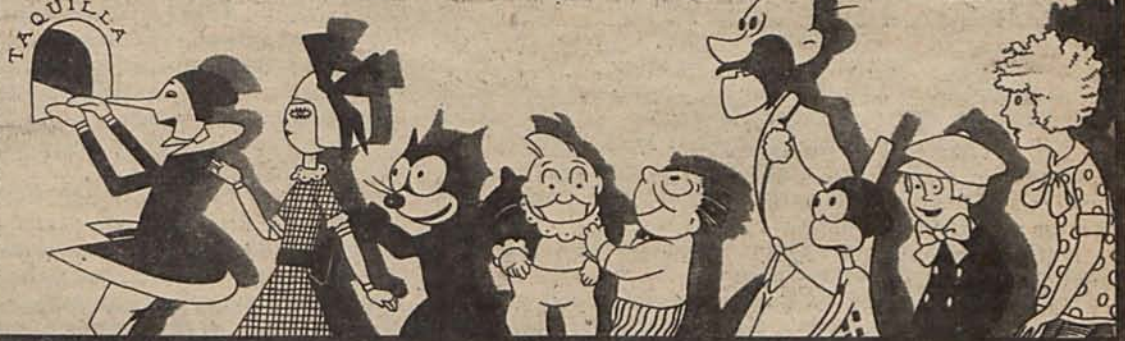
El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



**PROGRAMA
PARA HOY
EL
NEGOCIANTE
FANTASMA**

Sensacional

GRAN CINE



Un automóvil para los socios.

Acababa de salir el sol en tierra africana; sus brillantes rayos penetraban por la ventana, abierta de par en par, de un pequeño chozo que se alzaba en el centro de un cercado de palmeras junto a un roqueño espolón de la costa. Veíanse tres camarotes de campaña extendidos uno junto a otro y ocupados por los tres intrépidos camaradas: Dick, Dan y Darkie. En la cama de la izquierda se acurrucaba Dan, y en la de la derecha se extendía Dick, mientras que en la del centro parecía como si totalmente la ocupasen los dos enormes y negros pies que por su extremo aparecían.

Sin embargo, no tardó en removerse la manta, dejando al descubierto la genial caraza de Darkie. Abrió éste uno de sus ojos y bostezó ruidosamente; abrió en seguida el otro y volvió a bostezar; revolvió sobre su espalda y estiró ambos brazos a uno y otro lado de un modo tan displicente como poco cuidadoso.

¡Zás-zás! Dick recibió una *torta* en la oreja izquierda, mientras que Dan se llevaba un buen *soplamocos* en las narices. Oyéronse en seguida dos alaridos, en los que el dolor se mezclaba con la alarma, al mismo tiempo que Dick y Dan, despertados tan bruscamente, se incorporaron indignados para mirar a todos lados.

—¡Caracoles! —murmuró Darkie, dándose cuenta de lo que había hecho, y cerrando los ojos pretendió aparentar un profundo sueño.

—¿Quién me aporrea las narices? —gritó Dan fríamente.

—¿Quién me está moliendo? —preguntó Dick, mientras se restregaba su dolorida oreja.

Ambos miraban a Darkie con gran desconfianza.

—¡Tiene que haber sido ese negrazo! —exclamó Dan—. No hay nadie más que él... Y no me va a hacer creer que está dormido.

—¡Ni a mí tampoco! —rezongó Dick—. Escucha... cómo no ronca.

Rompió de pronto a roncar el negro, y entonces sus dos compañeros se convencieron de que no dormía; por lo cual saltó Dan del camarote, guiñole con los ojos a Dick, y propinó una soberana patada a la cabecera del camarote de Darkie. Oyóse un gran estrépito y un selvático alarido al dar en el suelo el camarote, que arrastró a Darkie en su caída. Sentóse el negro sobre las ruinas de su cama, con miradas de indignación.

—¡Caracoles! ¡Vaya un modo bonito de despertarle a uno! ¡Digo yo! ¡Sabiedo lo delicadito que soy, debíais ser más cuidadosos, porque mi preciosa figura no podrá resistir tales trastazos!

—Pues ya te puedes dar por bien contento de que no te hayamos despertado como tú a nosotros —replicó Daniel.

—¡Bueno! —exclamó Dick—. Me acuerdo de que te toca hoy arreglar el almuerzo. ¡Con que a la tarea!..., que yo voy a echar otro sueñecillo.

No lo consiguió Dick, porque momentos después se oyeron gritos de sorpresa de Dan.

—¡Muchachos! —decía el rapaz— ¡Desapareció el barco de Redson!

—¿Cómo es eso? —exclamaron a la vez Dick y Darkie, reuniéndose con su amiguito junto a la ventana.

Y por un claro entre las palmeras pudieron ver el mar, que resplandecía con la fuerte luz del sol. También debiera verse un barco de vela; pero ni rastro de él distinguieron.

—Debe haber variado de fondeadero durante la noche —dijo Dick—. Vamos a mirar desde fuera sobre la costa.

Salieron de la caseta y bajaron hacia la costa, pero no vieron en la bahía más que un vapor costero y algunas lanchas de los indígenas; pero del barco de Redson, ni la menor señal.

Los tres intrépidos compañeros miráronse en silencio, hasta que con la mayor indignación y coraje exclamó Darkie:

—¡He oído contar granujadas viles y bajas; pero esta es la más canalla y baja de todas. ¡Catorce días reventándonos a trabajar para ese *punto*, y se evapora sin pagar nuestro trabajo!

—Si le volvemos a encontrar, azuzaré a Darkie contra él —prorrumpió Daniel.

Durante las últimas dos semanas habían estado los tres camaradas trabajando para el tal Redson, un traficante de la costa, que había comprado gran cantidad de géneros a los indígenas del interior, contratando a los muchachos para conducir los géneros hasta la costa y para embarcárselos.

Concluyeron la faena la noche antes, y Redson les prometió que les pagaría veinticinco duros a cada uno a la mañana siguiente; en vez de lo cual desapareció, sin que tuviesen la menor idea de su dirección.

Volvieron los chicos muy desconsolados a su cabaña, a la espalda de la cual encontráronse un viejo automóvil que pertenecía a Redson; por lo menos así lo decía, y que había sido usado para transportar sus géneros hasta la costa desde algunos pueblos cercanos del interior.

Era un armatoste tan antiguo y herrumbroso que no valía el petróleo que consumía, y acostumbraba con toda regularidad a pararse cada pocos kilómetros. Sobre el volante del auto encontraron un papel, en el que leyeron:

—Muchachos: cómo vosotros tres pareceis gozar lo indecible con el trabajo fuerte, no os puedo despachar con el insulto de ofreceros dinero por lo que habéis hecho para mí; así, pues, os dejo este viejo armatoste como un pequeño recuerdo de vuestro verdadero amigo.—*J. Redson.*

—Se creería que nos íbamos a reír mucho con esto —exclamó Darkie—. Pero... este niño no está para bromas. ¡Reventaré a ese canalla en cuanto pueda!

—Pues bien —dijo Dick, riéndose—; este viejo armatoste tiene que llevarnos a Mombari si logramos dar con un camino que allí conduzca. Y, si tenemos suerte, tal vez podamos sacar algunas pesetas por el cacharro!

Un pasajero misterioso.

Mediante algunas pesquisas en el pueblo consiguieron averiguar que había un camino —o cosa así— a Mombari, y decidieron, en seguida, salir para dicha ciudad de la costa. Pero el auto, que Darkie bautizó como *Relámpago*, abrigaba ideas completamente opuestas sobre el asunto, y con la mayor sencillez se negó a echar a andar durante un par de horas, sin hacer el menor caso de cuanto al efecto hicieron los muchachos.

—¡Caramba, este cacharro parece una mula loca! —prorrumpió Darkie—. Se creería que no tendría nunca que echar a andar. ¡Pero escuchen el ruido de esa máquina; suena como si le sacudiesen encima un saco de hierros viejos!

Estiraron los muchachos en el auto su escaso equipo. Agarróse Darkie al volante, porque dijo que era precisa para guiar al *Relámpago* una persona *elegante*, y, por fin, rompieron a bambolearse hacia adelante.

—¡Sóo, sóo —rugió Darkie—, muchachos; que ahora vuelca! Sujetarlo bien ¡caramba! ¡Marchamos peor que por el mar alborotado!

Habían ya recorrido los camaradas unas quince millas, incómodos y mareantes del camino a Mombari, cuando, de pronto, y con gran sorpresa, vieron los tres un jinete que corría hacia ellos galopando furiosamente. Era un hombre blanco. Con gran rapidez alcanzó el jinete al auto achacoso, y justamente al enfrentarse con él, lanzó el armatoste con atroz zambombazo por su trasera. Instantáneamente se encabritó el caballo, lanzóse hacia adelante dando asustados relinchos y salió al galope.

—¡Caramba! ¡Buena la hemos hecho! —exclamó Darkie, aterrado.

—¡Sigue, Darkie, sigue! —gritó Dick—. ¡Debemos seguirle



tan deprisa como podamos por si le sucede algo!

Galopaba locamente el caballo, casi oculto a la vista de los muchachos por la nube de polvo que levantaba, mientras que Darkie sacaba al viejísimo auto cuanta velocidad era posible.

Pero el caballo no avanzó mucho más. Viéronle, de pronto, los muchachos dar en tierra por haber puesto sus cascos en uno de aquellos hoyos. Despidió limpiamente al jinete por la cabeza a un charco pantanoso lleno de mangles.

—¡Oye, Dan, coge el volante! —gritó Darkie—. Yo corro más que este maldito cacharro.

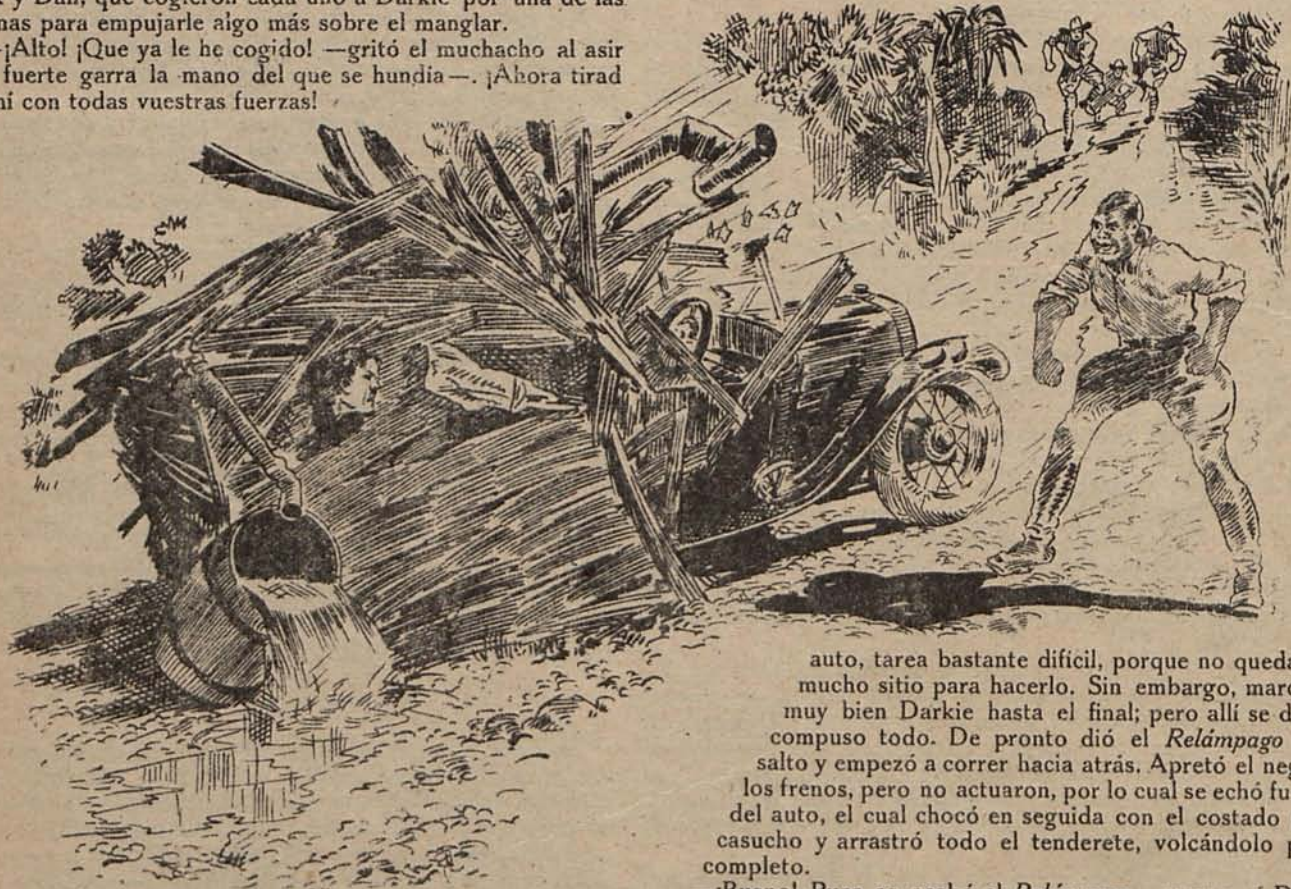
Cogido el jinete por las garras de aquel terrible pantano, que lentamente le arrastraba a sus profundidades, veíase luchar con locura. Y cuanto más se esforzaba más se hundía en el fangal.

—¡Sosténgase un poco! —gritóle Darkie—. Pronto le sacaremos de ahí.

Llegó al borde del charco mucho antes que el automóvil, y arrojándose avanzando cuanto pudo sobre la maleza y el fango; mientras tanto alargaba el brazo para ver si podía coger la mano del desmontado jinete. Pero por una pulgada o poco más no llegaba a alcanzarla, no atreviéndose Darkie a avanzar más por miedo de dar un volquetazo y hundirse también en el fangal.

A todo esto, ya había llegado el auto, del cual salieron Dick y Dan, que cogieron cada uno a Darkie por una de las piernas para empujarle algo más sobre el manglar.

—¡Alto! ¡Que ya le he cogido! —gritó el muchacho al asir con fuerte garra la mano del que se hundía—. ¡Ahora tirad de mí con todas vuestras fuerzas!



Con gesto decidido y tirantes músculos, sudando a todo sudar, Dick y Dan empujaron las piernas de Darkie, hasta que empezaron a temer que pudiera arrastrarles a ellos mismos. Pero, al fin, no sin grandes esfuerzos, atrajeron al muchacho y al hombre, que se agitaba en el charco.

—¡Hola! ¡Esto marcha! —gritó Darkie—. ¡Sostenerse, muchachos; estáis triunfando!

—¡Listo! Dejadme ya —dijo Darkie.

Por lo cual Dick y Dan soltaron sus piernas y desplomáronse sentados y completamente rendidos. En cuanto a Darkie, se afirmó sobre sus pies y en un último tirón sacó por completo al hombre del fangal. Conseguido lo cual se tiró al suelo casi tan rendido como sus dos camaradas. El exjinete fué el que primero se repuso, poniéndose en pie; parecía el menos agitado de los cuatro.

—Era de esperar, muchachos —dijo con toda calma—. Mi suerte ha sido que estuviérais tan cerca.

—Si no hubiésemos estado por aquí, no se hubiera usted caído al charco —repuso Dick—. Bastante siento que nuestro viejo cacharro haya asustado a su caballo de usted.

—Si que es viejo de veras el auto —comentó el desconocido—. Pero no está bien que me queje de ello, y no es de su-

poner que vosotros tengáis la culpa de que dispare esos zambombazos. Sin embargo, si me pudiérais dar alguna ropa limpia y llevarme hasta Mombari, no habría más que hablar del asunto. Me llamo Marshal. ¿Cómo os llamáis vosotros?

Presentóse Dick a sí mismo y a sus dos compañeros, y en seguida sacó algunas de sus ropas de repuesto.

—Supongo que nada de esto le venga bien; pero es lo mejor que podemos darle.

Marshal era ya un hombre de cierta edad, pero de contextura fuerte y atlética; su cara revelaba agudeza, y sus ojos, de un gris acerado, parecían traspasarle a uno.

—Confío en que el *Relámpago* se hará cargo ahora de que tenemos un compañero más —dijo Darkie al poner en marcha el armatoste—. ¡A bordo todo el mundo!

Cuando a hora bastante avanzada de la tarde entraban en Mombari, dando tumbos por el camino de la costa, lanzó Darkie un grito:

—¡Ahí está el barco de ese ciudadano! Le atraparemos, ¡demontre!

—¡Oye, tú, preciosidad, mira dónde te metes! —exclamó Dick—. Debías haber mirado a la izquierda. Está trocha que has tomado conduce a la costa.

Pero Darkie, para dar la vuelta, no tenía más remedio que seguir bajando por la trocha, a cuyo extremo había un viejo casucho de madera. Apeáronse Dick, Dan y Marshal para mayor seguridad, y arrancó Darkie para hacer dar la vuelta al

auto, tarea bastante difícil, porque no quedaba mucho sitio para hacerlo. Sin embargo, marchó muy bien Darkie hasta el final; pero allí se descompuso todo. De pronto dió el *Relámpago* un salto y empezó a correr hacia atrás. Apretó el negro los frenos, pero no actuaron, por lo cual se echó fuera del auto, el cual chocó en seguida con el costado del casucho y arrastró todo el tenderete, volcándolo por completo.

—¡Bueno! Pues se acabó el *Relámpago* —murmuró Darkie—. ¡Caracoles! Dentro de la caseta había alguien —añadió. Mientras los muchachos se abalanzaban, surgió de entre aquellas ruinas la cabeza de Redson.

—¡Oh, oh! —rugió Darkie—. ¡Cualquiera se imaginaba que iba a salir esta preciosidad!

Saltó hacia adelante y sacó al granuja, levantándole por el cuello de su chaqueta. También se abalanzó Marshal; relució una cosa de acero, se oyó un chasquido y Redson lanzó un grito de rabia al verse con esposas en sus puños.

—Soy policía —dijo Marshal—, y tengo una orden judicial para detenerte por una larga serie de fraudes.

—¡Maestro! puede usted añadir otro a esa lista —exclamó Darkie—. Ese granujón nos debe veinticinco duros a cada uno por trabajo que hicimos para él.

—¡Ah! ¿Con que esas tenemos? Pues con esto quedáis despachados, muchachos —dijo el policía, entregando a cada uno de ellos cinco libras esterlinas que tomó de los bolsillos de Redson—. ¡Listos! Y gracias por haberme traído en el auto.

Con lo cual echó a andar, llevándose al preso y dejando a los tres camaradas —Dick, Dan y Darkie— muy contentos y satisfechos de sí mismos.

¡¡HA TERMINADO!!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. CIANELLA



(Continuación.)

»Queridos míos:

»No os preocupéis por mi ausencia; he contratado un gran negocio; es asunto secreto. Estaré ausente dos o tres meses.

»Las cinco mil pesetas que acompaño os convencerán de la verdad de mis palabras.

»Vuestro etc.»

—¿Y han aceptado?

—¡Diablo! Sobre todo, cuando han sabido que al término de su aventura recibirán otra suma igual.

—¿Así que tenemos a bordo...?

—Seis cortadores y seis oficiales.

—¿Creéis que serán suficientes para preparar uniformes de la marina argentina para todos nosotros.

—Creo que sí; de día los veréis trabajar.

—Está bien; podéis retiraros, amigo mío.

El segundo se retiró.

Alberto Wendover acostose entonces; tenía sueño.

Un mes después circulaba por Plymouth la noticia de que habían llegado los marinos argentinos que formaban el equipo del crucero *General Belgrano* y de que ya habían tomado posesión del barco.

Inmediatamente los oficiales de la marina inglesa preparaban fiestas cordiales para honrar, en virtud de la tradicional cortesía británica, a sus huéspedes de Ultramar.

El cónsul argentino y el comandante del crucero, el señor don Rafael Corminas, aceptaron tales pruebas de fraternal afecto, pero declararon que su primer deber era comprobar el buen funcionamiento del barco y telegrafiar el resultado a su Gobierno.

Dispúsose entonces que por la tarde, a la vuelta del crucero, tendría lugar una recepción de gala en el Círculo Naval.

El *General Belgrano* partió al punto de Plymouth en prueba de máquinas, la cual había de prolongarse mucho, a juzgar por la cantidad de combustible hecho embarcar por su comandante.

Zarpó entre los vítores entusiastas de los marinos ingleses, enloquecidos por su nave; avanzó majestuoso, atrevido, veloz; fué empujándose, poco a poco, hasta llegar a ser un punto casi invisible en el horizonte; luego desapareció.

No se le volvió a ver.

El cónsul argentino, los constructores y los oficiales ingleses le esperaron en vano durante algunos días; después comenzaron a temerse una catástrofe, la explosión de una caldera o una colisión fatal.

Telegrafióse, al fin, al Gobierno, el cual respondió, por medio del Ministro de Marina, el siguiente despacho:

«¿Estais locos?... En la marina de guerra argentina no existe ningún comandante llamado Rafael Corminas. No se ha tomado aún ninguna disposición referente al mando y equipo del *General Belgrano*; ningún oficial ni marinero nuestro puede, por lo tanto, encontrarse en Plymouth.

»Enviad explicaciones precisas.»

La impresión causada por este telegrama fué enorme.

Pero creció aún más cuando una semana después llegó un trasatlántico, que llevaba a bordo al ingeniero representante de la casa constructora del crucero, que iba a bordo, a fin de hacer las oportunas indicaciones.

Contó cómo, tras veinticuatro horas de viaje, marchando todo a maravilla, había indicado al comandante que era conveniente y oportuno regresar a Plymouth.

Cómo entonces ordenó aquél a algunos hombres que se apoderaran de él y le encerrasen en un camarote, donde fué obligado a permanecer hasta que encontraron al trasatlántico, al cual fué trasbordado.

La consecuencia de tales noticias fué que se comprendió, al fin, que hábiles y audacisimos piratas se habían apoderado del *General Belgrano*, y que se telegrafiasen a todos los barcos de guerra disponibles para que se lanzasen en su persecución.

Todo fué en vano.

El veloz crucero había desaparecido.

VI

MISS POLLY

Mientras se desarrollaban los sucesos narrados en los tres capítulos precedentes, otros menos dramáticos, pero de la misma importancia, tenían lugar entre los personajes restantes de nuestra narración.

En la casa Lobster y en el ambiente mercantil, la prisión de Alberto Wendover y sus motivos fueron oídos al principio con incredulidad dolorosa; pero luego, en vista de lo aplastante de las pruebas, no hubo ya nadie que dudase de su culpabilidad.

Es cierto que miss Polly, la preciosa hija del armador, se obstinaba en creer que, aquel que ella consideraba aún como su prometido, era inocente y víctima de una horrible trama urdida por cualquier enemigo desconocido; pero luego que supo el resultado del proceso y la actitud inexplicable del acusado, el cual no había querido declarar dónde había pasado aquella noche, perdió su confianza; la duda comenzó a nacer en su mente y a deslizarse en el corazón, cambiando su amor en una feroz indignación.

¡Haber sido engañada de aquella manera; ella que creía a su Alberto la perla de los hombres, el colmo de la honradez y el ideal de los maridos!

Y la simpática miss lloró abundantemente de dolor y de rabia; luego se resignó, afirmando que su memoria y su corazón quedaban desde aquel momento cerrados para un hombre tan indigno, al cual había hecho depositario de su estimación y afecto.

El incendio de la prisión y la fuga de Alberto Wendover la dejaron indiferente en apariencia.

Prohibió que la hablasen de tal asunto, y no quiso leer periódicos durante el período que éstos se ocuparon de tan misterioso suceso.

Nadie sospechó el verdadero origen del incendio ni quiénes fuesen sus verdaderos autores; quienes pagaron las consecuencias fueron el pobre director del penal y los empleados, a quienes se trasladó o castigó con penas más o menos severas, según su responsabilidad.

El capitán Jaime Davy fué nombrado capitán del armamento; su puesto fué ocupado por otro empleado. Mister Flaxman continuó haciendo sus cuentas, y los negocios de la casa Lobster siguieron viento en popa.

Pero ¿qué importaba todo esto a miss Polly?

Su sueño dorado se había disipado, dejando en su lugar una callada indiferencia a todo cuanto sucedía a su alrededor.

Pasaron dos años, y miss Polly cumplió los veintiuno.

El día del cumpleaños, su padre la sentó sobre sus rodillas, acarició amorosamente su cabellera de oro y después le dijo:

—Hija mía, ¿te has fijado en el señor Flaxman?

—¿En tu cajero?

—El mismo.

—¿Le conozco, papá!

—Ya lo sé; digo... si has notado en él algo que le diferencie de los otros jóvenes que sueles ver.

—Qué sé yo, padre mío; creo que me hace la corte.

Recuerden nuestros lectores que miss Polly era una inglesa, una hija de aquella raza que no conoce el hipócrita convencionalismo ni la falsa modestia.

A las palabras de la joven asintió mister Cyrus Lobster con la cabeza.

—Sí, te hace la corte —repitió éste—; y si no te parece mal...

—Convendría que me casase con él; ¿no es eso?

—Justo, justo. Mister Flaxman es rico, ha heredado hace poco, le ha favorecido la suerte en juegos de Bolsa, y desempeña el cargo de cajero para hacer algo, y además...

—Además, ¿qué?

—Además, por estar junto a ti.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, claro..., me lo ha dejado comprender.

—Haz lo mismo, pues...

—¿Qué, qué?

—¿Si yo le aceptase, te agradaría?

—Sí, sin duda alguna. Pero tú, hija mía, piensa en tu felicidad y nada más...

Miss Polly sintió una fugaz contracción dolorosa, pero súbitamente respondió:

—Yo soy feliz tan sólo con dar gusto a mi adorado papá.

Mister Cyrus Lobster la estrechó contra su pecho y la besó en la frente.

—Eres un ángel —le dijo—, y mereces toda suerte de dichas... ¡Bendita seas!

La noticia de los esponsales de miss Polly con mister Flaxman se difundió rápidamente, si bien aún no era oficial, y la cosa no extrañó a nadie.

Era una cosa muy natural.

Miss Polly, bella y rica, y lo mismo mister Flaxman, aunque no muy simpático, a causa de un no sé qué, del cual no se podía dar nadie la razón precisa, pero que nacía espontáneamente del alma, no se le ocurría a nadie un motivo en virtud del cual tal suceso no debiese verificarse.

Por lo tanto, esperaba todo el mundo la participación oficial cuando corrió, con la velocidad del rayo en un cielo sereno, la noticia de que todo había caído por tierra, y que la casa Lobster buscaba otro cajero, porque el antiguo, es decir, mister Flaxman, despedido por un improvisado cambio de opinión de miss Polly, había entregado las llaves de la caja en perfecta regla y había tomado el tren para Londres, resuelto a no poner más los pies en Liverpool.

Los más dijeron que miss Polly era demasiado ligera, y que su capricho no le conciliaría muchas simpatías.

Otros susurraron que un repentino e irresistible resurgimiento del afecto adormecido pero no muerto le había inducido a terminar con todo.

¿Cuál de las dos opiniones estaba de acuerdo con la verdad?

¿Podrían ser ambas?

No; la verdadera causa de aquel cambio inesperado era ésta:

Un día, miss Polly, había salido de casa con su doncella para hacer compras, cuando un anciano, amigo de su padre, valiéndose de la libertad que le permitían sus blancos cabellos, se le había acercado, y hablándole en alemán, lengua que ella conocía a la perfección, le dijo:

—Señorita, permitid a un sincero amigo vuestro suplicaros el honor de una conversación a solas.

—Pero...

—Se trata de vuestra felicidad futura; pensadlo bien.

—Señor, tened la bondad de explicaros.

—¿Sois la prometida del señor Flaxman?

—Lo seré muy pronto.

—Yo quisiera impedirlo.

—¿Y con qué derecho?

—Con el derecho que me da la estimación en que tengo a vuestro padre, a vos y a un pobre amigo a quien se ha calumniado.

Miss Polly se sobresaltó.

—¿De quién queréis hablar? —preguntó, poniéndose colorada.

—De él.

—No os comprendo, caballero.

—Lo diré con más claridad: de Alberto Wendover.

—Ese ha muerto para mí.

—¡Ah! ¿Le creéis culpable?

—¿Y vos?

—¿Yo?... Yo sé que es inocente.

—Pero, señor, aquellas pruebas...

—Han sido preparadas criminalmente por un enemigo suyo.

—Nombradle.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque sospecho, pero no estoy seguro.

La hermosa jovencita hizo un significativo movimiento de cabeza.

—Yo también tuve ese mismo pensamiento —dijo—; pero he tenido que doblegarme ante la fuerza de las pruebas.

—Y elegir, en sustitución de aquel inocente, un hombre que pudiera resultar peor que un ladrón de dinero...

—¿Cómo?

—Un ladrón de honras, un asesino.

Miss Polly se echó a temblar, y casi suplicante, pues tan grave era el tono del anciano y tan lleno de verdad, dijo:

—¿En nombre del cielo, caballero, explicaos! ¿Qué es lo que sabéis de todo este enredo?

—Sólo una cosa: que Alberto Wendover es inocente de la culpa por que fué condenado.

—¿Pero, entonces, ¿quién es el culpable?

—O mister Flaxman o el capitán Jaime Davy.

—Vuestra afirmación es grave, caballero.

—Lo sé, y no dudo en hacerla, porque quiero persuadi-

ros de que no debéis elegir por compañero de toda vuestra vida a un hombre que bien pudiera ser el peor de los delinquentes. Vos no amáis a mister Flaxman, lo he adivinado, lo aceptáis porque os ha sido propuesto por vuestro padre; pero él ignora que vos lleváis siempre escondida en el corazón, escondida, pero presente, la imagen del infeliz Alberto. ¡Oh!, credme, señorita, es inocente; además, es un héroe, porque se ha sacrificado por salvar a sus compañeros, a los cuales, con una sola palabra, podía haber perdido.

—¡Ah! ¿Qué es lo que decís?

—La verdad. ¿Sabéis dónde pasó Alberto Wendover la noche del 28 al 29 de julio?

—¿Dónde?

—En una reunión política. Es irlandés...

Miss Polly hizo, sin querer, un movimiento de viva sorpresa, mezclado de repentina alegría.

—Debiera haberlo adivinado —exclamó, acercándose con ímpetu al anciano.

Pero arrepentida inmediatamente de aquel ingenuo desahogo, miró con hostil desconfianza a su interlocutor.

—¿Quién me asegura a mí que decís verdad —murmuró—, o, mejor aún, que no habéis sido engañado?

El anciano echó una ojeada en derredor, y seguro de que nadie podía oír sus palabras, salvo miss Polly, repuso en voz baja.

—¿Puedo fiarme de vos?

—Soy una señora, no una niña.

—Es verdad; pero lo que voy a confiaros es un secreto, en el cual no soy el único interesado... ¿Me prometeis ocultar cuidadosamente en vuestro corazón lo que yo os diga?

—Os lo juro.

—Me basta.

El anciano sacó del bolsillo una cartera, y de ella un papel, que colocó ante la vista de miss Polly, diciéndole:

—¿Conocéis la letra?

—Es de Alberto...

—Sí; leed...

La joven leyó.

Era la declaración que Alberto Wendover, de acuerdo con los estatutos de la Liga de los Fenianos, había escrito de su puño y letra jurando dedicar su vida a la liberación de su pobre patria, oprimida por el yugo inglés.

—Señorita —dijo el anciano, apenas hubo recogido la carta—: Yo soy el presidente del club secreto de los fenianos de Liverpool. La noche en que fueron robados los cien mil francos a vuestro padre, Alberto Wendover estaba en mi compañía, y no nos separamos hasta que terminó la reunión, es decir, de madrugada. Evidentemente, el individuo que escondió los cincuenta mil francos en los cuadros del cuarto de Alberto, sabía que éste había de pasar fuera de su casa una buena parte de la noche; probablemente conocería su cualidad de feniano, y, como resultado de cualquier imprudencia, el día y hora de nuestra reunión. El criminal aprovechó estas circunstancias para arruinar al pobre joven...

—¿Quién es?

—Ya he dicho que no lo sé con certeza, pero lo sabré.

—Mas... ¿por qué sospecháis del señor Flaxman, o del capitán Jaime Davy?

—Porque, según se deduce del proceso, puede asegurarse que sólo tres personas estaban en condiciones de cometer el robo: estos dos o Alberto. Ahora bien, no siendo él culpable, el ladrón ha de ser uno de los otros, con la agravante de haber hecho, mediante una hábil trama, recaer la culpa sobre el inocente. Pensadlo bien, miss Polly: no debéis uniros a mister Flaxman. Lo sé; pudiera no ser culpable. Pero ¿qué sería de vos el día, no lejano, en que se le declarase autor del delito, y vos estuviérais unida ya a él por lazo indisoluble?

La hermosa doncella, horrorizada, hizo un gesto de espanto.

—Tenéis razón —dijo, después de unos instantes de silencio—. Debo permanecer libre; debo dedicarme a hacer reparar esta atroz injusticia, a conseguir el castigo de tan monstruosa infamia. Señor, tenéis en mí una fiel aliada; desde hoy podéis disponer de mí.

—Gracias, gracias en nombre de mi pobre amigo.

—¿Sabéis dónde se halla?

—No, lo ignoro —respondió titubeando el buen anciano.

—Pues bien: mi corazón le pertenece aún —prorrumpió ella llorando—, le ha pertenecido siempre... ¡Dios tenga compasión de él y de mí!

El anciano arrugó la frente y se mordió los labios.

—Confíad en mí y en el porvenir —dijo, estrechándole la mano—, y sed perseverante y enérgica. Adiós, miss Polly; me tendréis siempre a vuestra disposición.

El anciano se alejó y miss Polly volvió a casa, ocultando bajo una dulce sonrisa la tempestad desencadenada en su alma.

(Continuará en el número próximo.)

UN HEROE PERSA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Ali, que estaba convencido de que su regio primo no le perdonaría como no tuviera en sus manos la prueba evidente de su inocencia, y que sabía también que la acusación contra él era obra de algún cortesano envidioso, pues él no se había mezclado jamás en conjuración alguna, porque no era nada ambicioso, se apresuró a espolear el caballo que le había proporcionado su buena hermana, a fin de ganar cuanto antes la frontera.

Sus amigos, acompañados de los curdos, le seguían, dispuestos a defenderle en caso de necesidad.

Y mientras él cabalgaba sin descanso a través de la inmensa llanura de la Persia meridional, el Sha era informado de su fuga y de la del venal gobernador de la fortaleza.

Entonces el déspota, rojo de ira y convencido más que nunca de que su primo había realmente tomado parte en la conspiración, ordenó que saliera inmediatamente la caballería a perseguirlo y que se cerraran todos los caminos que se dirigían a Afganistán.

Los jinetes persianos gozan fama de ser muy buenos corredores, montando casi todos caballos árabes de una resistencia extraordinaria.

Así es que los mil quinientos hombres lanzados en persecución de Ali no tardaron en llegar a la frontera, interceptando el camino.

Desgraciadamente el príncipe se había detenido a pernoctar en un pueblecillo perteneciente aún al Estado de Persia; así es que cuando quiso proseguir su camino, se encontró ante

fuerzas muy superiores a su escolta, que le interceptaban el camino, impidiéndole seguir adelante.

Sin embargo, entre los curdos y la caballería del rey se entabló furiosa lucha, en la cual llevaron, naturalmente, la peor parte los primeros, dejando en el terreno las tres cuartas partes de su contingente, incluso los cuatro amigos de Amina, que prefirieron sucumbir gloriosamente con la espada en la mano, a ser empalados o sufrir algún otro suplicio infamante.

El desgraciado Ali, que se había batido como un león sin lograr vencer la caballería real, demasiado numerosa para hacerle frente con la poca gente de que él disponía, fué capturado vivo y convenientemente esposado, y recluido en una especie de silla de manos le llevaron a la capital.

Cuando el Sha le vió de nuevo ante su presencia, su cólera no reconoció límites.

—Ahora no te atreverás a decir que no eres culpable—le dijo—. Si hubieras sido realmente inocente no hubieras huido, sobornando, además, al gobernador del castillo. Ahora sí que tengo la seguridad de que has sido tú el instigador de la conjura de los comerciantes.

—Vuestra Majestad se equivoca—contestó Ali—. Hui para sustraerme a la horrible pena a que me habíais condenado sin merecerla; pero no porque sea culpable. Lo que dije en otra ocasión, lo repito ahora. Soy el hombre más leal de vuestro reino; pero ya que queréis mi muerte, cúmplase vuestra voluntad. En mi concepto, me

rebajaría de seguir defendiéndome.

—Porque eres falso y traidor y no dispones de medios para demostrarme plenamente tu inocencia—clamó furioso el tirano—. Querías refugiarte en Afganistán para indisponer al emir de aquel país en contra mía.

—Repito a Vuestra Majestad que soy demasiado leal para tenerme que defender de semejante acusación. Queréis una vida humana, ¡pues bien, aquí está la mía!

—Ya lo creo que la tomaré, ¡traidor!

—Estoy resignado con mi suerte—contestó el joven guerrero—. Lo único que deseo es que algún día no tengáis que arrepentiros de ese delito.

—Eres un puro traidor, y mientras viva no cesaré de pensar que he obrado perfectamente suprimiéndote del mundo de los vivos. ¡Miserable!

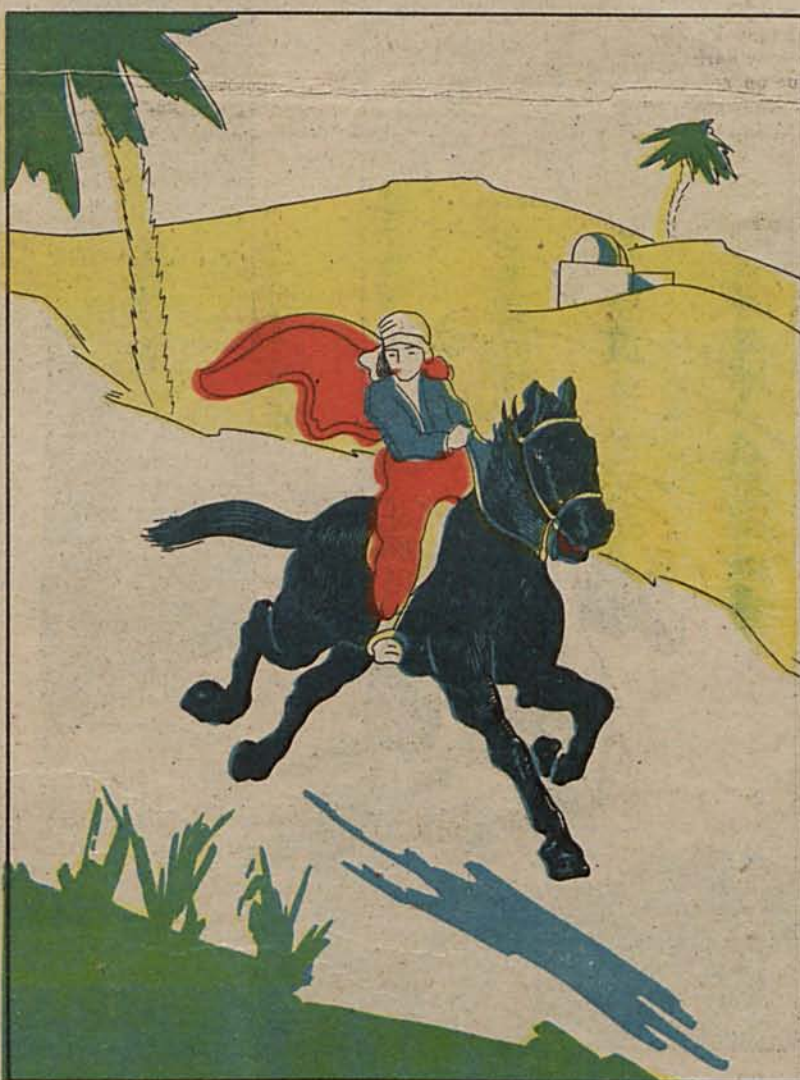
Ali, ante tales improperios, no se dignó contestar siquiera, y volviéndole la espalda, fué a colocarse entre los centinelas que le habían traído ante el palacio real.

Al día siguiente la inmensa plaza de Mindar, que era en donde solían tener lugar las ejecuciones, se vió invadida por la multitud.

La noticia de que iba a ser ejecutado un primo del poderoso monarca se había hecho pública por toda la ciudad, y casi todos sus moradores sintieron curiosidad y acudieron en masa, ávidos de presenciar un espectáculo sangriento.

En aquella ocasión no se trataba, sencillamente, del consabido hombre atado a la boca de un cañón para ser pulverizado luego por el disparo del mismo, sino de un espectáculo mucho más espantoso. Se trataba de un empalamiento, de aquel atroz suplicio inventado por la monstruosa fantasía de los sultanes de Turquía.

La guillotina, la horca, la muerte por disparo de cañón y la de-





capitación por un sólo tajo de hacha o espada, eran mucho menos terribles que espantoso empalamiento.

Para aplicar dicho tormento precisaban habilidosos esbirros prácticos en él, pues lo más importante era que el reo no muriera en seguida, sino que la terrible agonía tenía que durar, por lo menos, tres días. Para ello se elevaba un palo o un hierro, fijo en el suelo por unas piedras para que se aguantara bien derecho; y arriba se afilaba muy bien, hasta formar una punta muy aguda. Entonces se pinchaba en él al condenado procurando que el palo pasara de abajo arriba por el lado derecho o izquierdo, a fin de que no lastimara ningún órgano importante de la víctima, que permanecía como suspendida en el vacío, y así podía vivir hasta tres o cuatro días sufriendo espantosos dolores, y para hacerles sufrir aún más durante la agonía, el verdugo solía untarles de miel para que las moscas contribuyeran al tormento.

Seguramente los chinos, maestros en cuestión de torturas, no han inventado nada tan cruel.

El pobre Ali, bien enterado de la muerte que le esperaba, fué conducido al sitio del suplicio y entregado al verdugo.

La atroz operación se hizo rápidamente y pronto se halló el infeliz atravesado y suspendido del hierro.

Cuando a consecuencia de los insufribles dolores se desmayó, la muchedumbre fué dispersándose y murmurando en voz baja contra la crueldad innata del Sha.

Por la noche, mientras dos centinelas velaban al moribundo, se acercó una mujer que llevaba la cara y cabeza cubiertas por un velo y diciendo con voz decidida: «Dejad paso a la hermana de Ali», se dirigió hacia el palo después de haber dejado dos bolsas llenas de oro en manos de los soldados, y acercándose cuanto pudo, exclamó entre sollozos:

—¿Puedes oírme, hermano mío?

—Sí, Amina —dijo el moribundo.

—¿Puedo yo aliviarle en algo?

—Sí; traspasándome el corazón.

—Así lo haré, y te juro que serás vengado. He podido, por fin, averiguar quién fué el falso denunciador.

—Dime su nombre y moriré tranquilo, porque sé que me vengarás.

—Es Ben-Zuf, el hermano de aquél a quien el Sha hizo morir atado a un cañón por haberte denunciado la primera vez. Dime ¿tú, realmente, eres inocente?

—Lo juro por las barbas de nuestro padre.

—Entonces, muere en paz.

Y la heroica muchacha, diciendo esto, sacó de entre sus ropas un puñal muy acerado y lo clavó resueltamente, con mano firme, en el pecho de su hermano.

—¡Gracias...! Amina —murmuró Ali reclinando la cabeza sobre el hombro atravesado por el hierro—. ¡Gracias!

Y éstas fueron sus últimas palabras. La muerte fué casi instantánea, librándose así del terrible tormento. Durante siete días Amina permaneció sin dar señales de vida, hasta el punto de que todos, y aun el mismo Sha, creían que había huido por temor al castigo.

Pero se engañaban, pues, por el contrario, la valerosa joven estaba ojo avizor y preparada para sorprender a Ben-Zuf, el cual no las tenía todas consigo, sospechando alguna venganza, de cuya posibilidad le habían advertido sus amigos.

Y una noche, cuando salía de casa de un pariente suyo, en donde había cenado opíparamente, le secuestraron doce hombres armados, atándole fuertemente, le llevaron al palacio de Amina.

Cuando aquel miserable se halló en presencia de la princesa, hermana de su desgraciada víctima, se puso a temblar y comprendió

que estaba perdido, atreviéndose aún, sin embargo, a implorar su perdón.

—Te lo concedo —dijo la joven—, con tal de que declares por escrito que la denuncia contra mi hermano obedeció a una venganza por la muerte del tuyo, que decretó el Sha, mi primo.

El persa consintió en ello, y una vez que hubo firmado la declaración, uno de los amigos de Ali allí presente dijo, sacando una pistola y dirigiéndose a Amina:

—¡Vos le habéis perdonado, pero nosotros, no! Ese hombre morirá. ¡Lo hemos jurado nosotros!

Y de un solo tiro le saltó la tapa de los sesos.

Desde aquella noche la princesa no volvió a dar señales de vida, desapareciendo de Teherán; pero alguien se encargó de hacer llegar a manos del Sha la declaración de Ben-Zuf. Nan-el-din se impresionó mucho con su lectura y se arrepintió entonces de veras por haber

mandado ejecutar al valiente príncipe. Mandó destruir las casas de los dos hermanos que le habían engañado con sus falsas denuncias, lo cual, para la princesa, era una bien escasa compensación comparándola con la muerte del heroico príncipe de sangre real. También pensó el Sha buscar a Amina para que volviera a Teherán, pensando recompensarla de algún modo; pero todo resultó inútil.

Y cuando, por fin, aquel cruel tirano expiró, una mano osada grabó en su mausoleo el siguiente epitafio:

AQUÍ YACE EL ASESINO DE ALÍ

Nadie, ni aun el actual Sha, sucesor de aquél, ha logrado saber quién se atrevió a grabar aquella frase, y no pareciéndole, sin duda, oportuno hacer averiguaciones sobre ello, lo ha dejado como estaba.

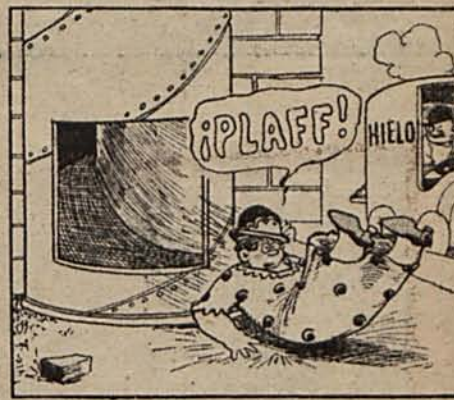
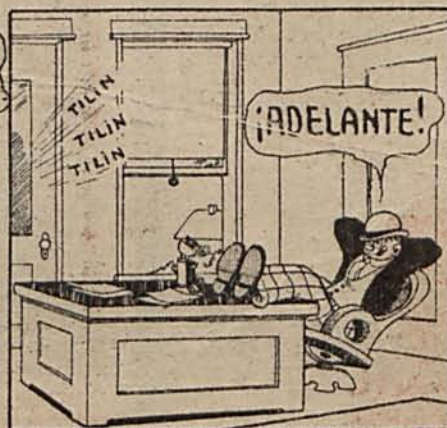
Pero en Persia creen todos que fué Amina, la hermana del desgraciado y valiente príncipe, que tanto y tan bien había sabido pelear en defensa de su patria.

FIN





POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-MIRA, CURRINCHE,
HE COMPRADO ESTOS
PAQUETES DE TIZA
PARA QUE APRENDAS
A RESOLVER PROBLE-
MAS EN LA PIZARRA



-¡QUE GANAS DE GAS-
TAR DINERO! PRECI-
SAMENTE TENGO YO
AQUI LA MAQUINA
DE CALCULAR...

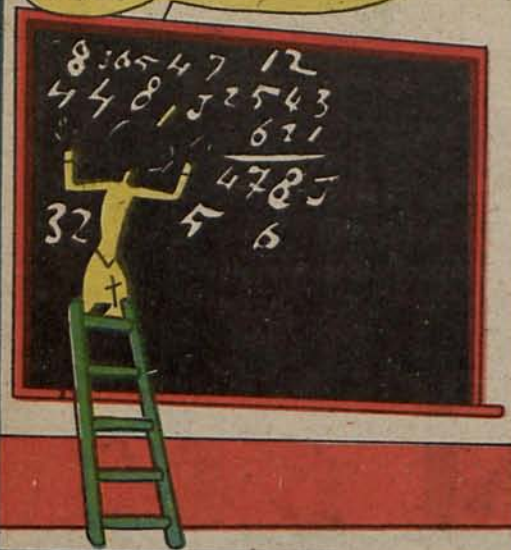
-DIME CUANTO ES EL
DOBLE DE LA MITAD
DECINCO



-¡VAMOS, MIRE V. EN PLE-
NA DIGESTION EL PROBLE-
MAZO QUE LE PONEN A UN
CRISTIANO



-¡YA LO TENIA Y SE ME
HA ESCAPADO! ¡MECA-
CHIS!

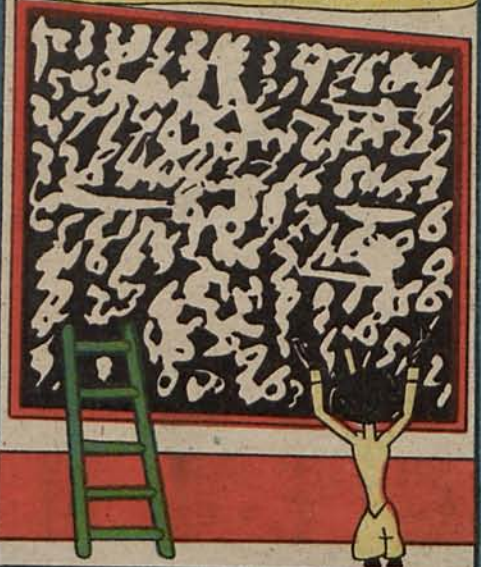


-DON TURULA
TO, MASTIZA

-SÍ, HIJO
MIO TO-
MA LA QUE
QUIERAS



...SEIS Y VEINTE Y DIEZ,
LLEVO QUINCE MAS TRES...



-¡POBRECILLO! ME
DA LASTIMA; PERO
ES PRECISO
QUE APREN-
DA



-DON T

-¡MAS T
SCHOMB

-¡CA! NO, SE-
NOR. AHO-
RALO QUE
QUIERO ES
CARBONCILLO

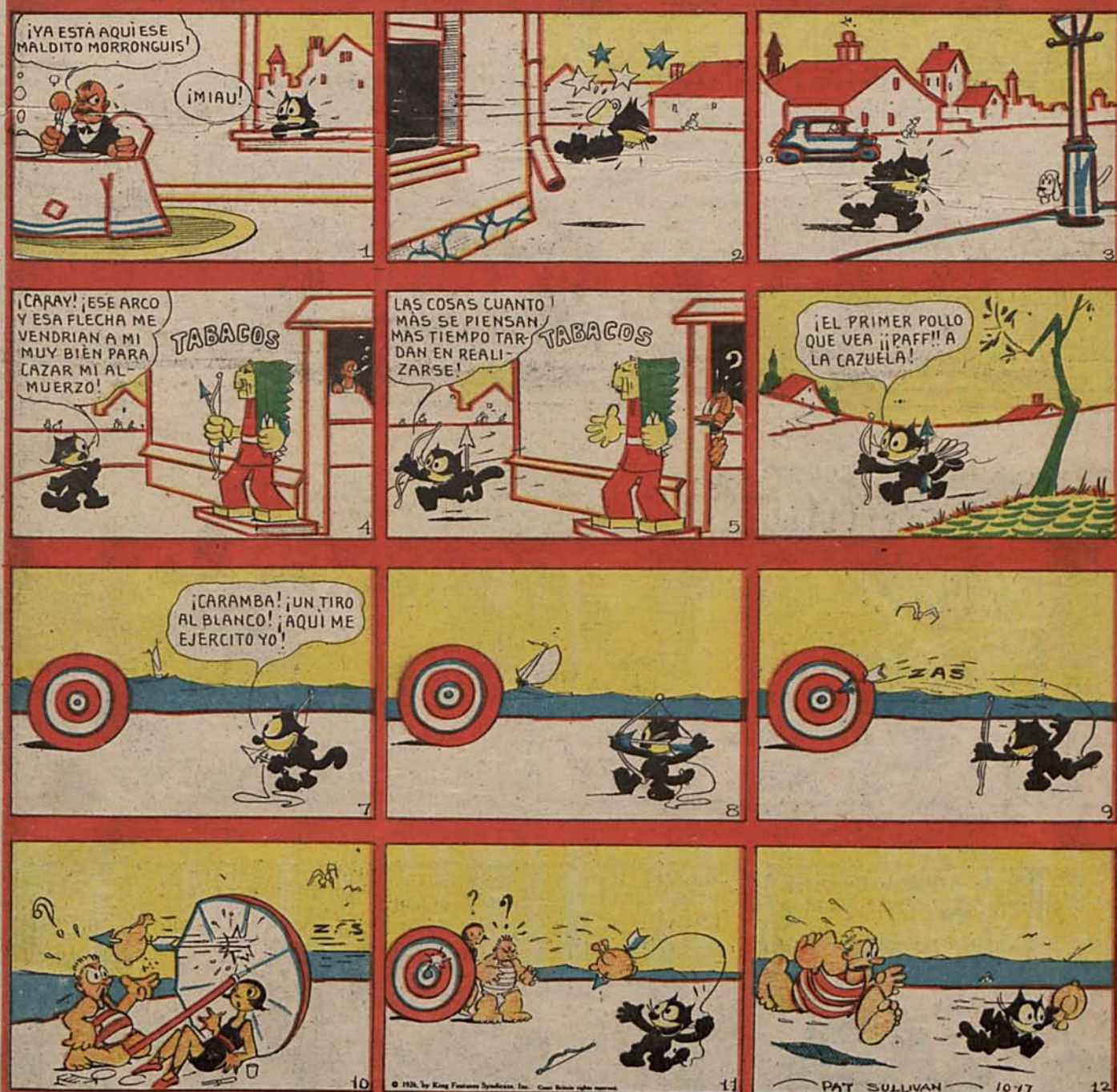


-CLARO, ¡NO VE V. QUE SE
ME HA QUEDADO LA PI-
ZARRA BLANCA?





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORIN Y SU PANDILLA



CONCURSO DE PASATIEMPOS

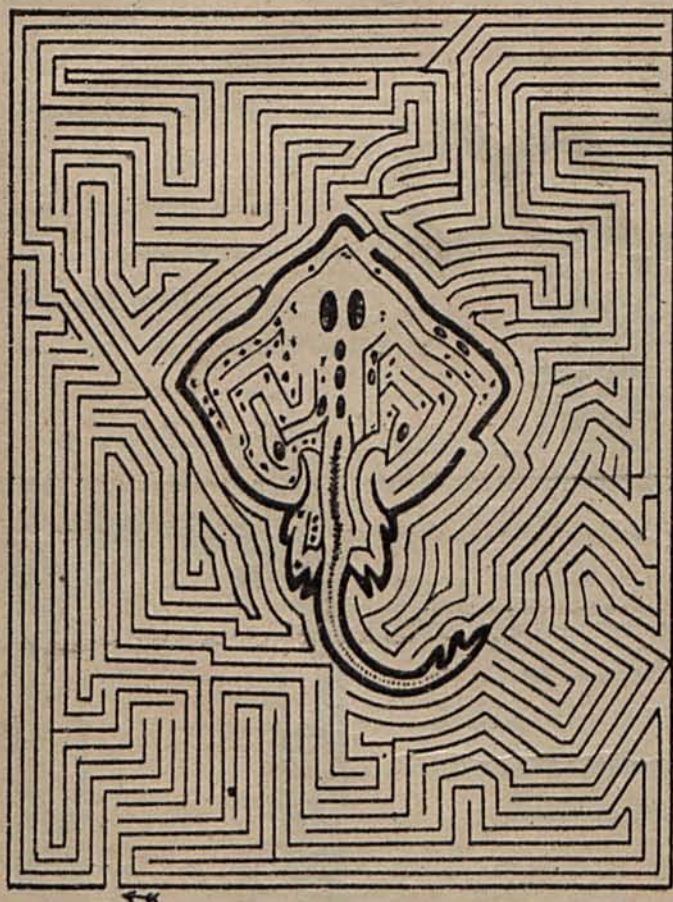
DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



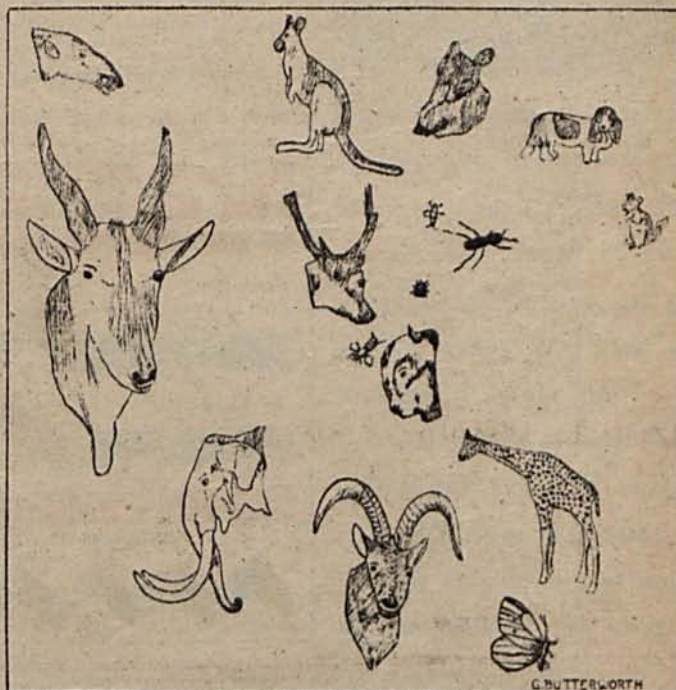
Don Emerancio acaba de llegar a Villamojada de Arriba, y se dispone a buscar un coche para que le lleve a la fonda. No lo encuentra, y en cambio encuentra una porción de errores en las cosas que hay en este pueblo. Por ejemplo, la señora que va delante de él lleva un bolso con el asa rota; y así ha visto hasta nueve errores, más ¿cuáles son?

LABERINTO



Este pez, tan raro, llamado raya, ha tenido la rareza de meterse dentro de este laberinto. Vuestra habilidad consiste en entrar por el sitio indicado con una flecha y, sin cruzar las líneas que dibuja el pez, llegar hasta el final de la cola por su interior.

ROMPECABEZAS



Estos diez y seis animalitos están destinados para un Museo de Historia Natural. El encargado de colocarlos en su sitio es un hombre muy habilidoso, pues sin tocar a ninguno de su sitio, y sólo trazando cinco líneas rectas, ha hecho que cada animalito quede encerrado en su departamento respectivo.

COPÓN

DE SOLUCIONES
DEL MES DE DICIEMBRE

97

Envío del suscriptor (1) D.

(1) Solo los suscriptores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Cintas y trencillas.—A todas mis queridas *piruleras*

les gustan las cintas; ya hablamos hace poco de los bordados que pueden hacerse con las tenues *faveurs*



que anudan las cajas de bombones. A las otras cintas, a las verdaderas, de tafetán o de moaré, les reservaremos la misión importantísima, y muy de moda actualmente, de adornar los vestiditos de crespón de China que llevamos —es decir, que lleváis, pues yo me conformo siempre con mi legendario

delantal de percal a cuadros azules y blancos— debajo del abrigo de invierno para asistir a tal cual fiesta infantil —precisamente estamos en época de ellas— o para ir al teatro alguna tarde en que se representa una función *para niños*.

Si os gustan las cintas formando el nuevo trenzado que aparece en la fig. A, puede que mamá, tras de practicar delicadamente en la tela, con unas finas tije-



ras de bordar, unos ojales colocados en fila, o alternados, o formando ajedrezado (figuras A, B y C), os permita pasar la cinta con una aguja especial.

Si preferís la cinta *bouilloné*, mamá se encargará de coserla con un punto adelante, formando una línea sencilla, o una línea doble con los picos uni-

dos, o unos rombos (figuras D, E y F), y os reservará el gusto de tirar del hilo, con lo cual quedará constituido el *bouilloné*.

La fig. núm. 1 os ofrece una graciosa aplicación de esta última manera, y las figuras números 1, 2 y 3, de la primera.

Insisto en que esta forma de disponer las cintas debe reservarse para los vestidos de crespón de China; los tonos se elegirán con preferencia entre la gama *rococo*, es decir, rosa, azul, verde musgo, suavemente combinados: por ejemplo, un vestido rosa con cintas azules, o viceversa; un vestido verde almendra con las cintas verde musgo, etc...



Pero ¿y el trajecito de diario que nos ponemos

—digo, que os ponéis— para ir a clase? También él, tan práctico, tiene derecho a la vida; le adornaremos con trencillas de seda o de lana, que resultan encantadores sobre el *reps*, el *covercoat*, la *drapella* o la sarga, azul marino, *beige* ladrillo o rojo oscuro.

Así vemos (figura 4) un

trajecito de *marocain* de lana azul, en el cual unas trencillas de lana blanca ponen una nota risueña en el cuerpo y los puños, y subrayan, en la falda, el borde de las tablas huecas, de entre las cuales surgen unos plisados.





HAICAR EL VISIR SABIO Y NADÁN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

arderán en los pebeteros; ten la prudencia de apreciar estos homenajes en su justo valor. El hombre que te alabe en tu cara, no será el más peligroso; teme a aquél que sepa enorgullecerte sin parecer que te admira. La fortuna te va a rodear, precisamente, de todos aquellos que la van buscando; déjale sus adoradores; día llegará en que ellos se vean forzados a abandonarla.

Haicar, después de haber dado estos sabios consejos al joven visir, presumiendo que se ocuparía de seguirlos y de caminar por sus huellas, lo presentó a Asfagni. Los dos lo abrazaron, colmándolo de votos y de bendiciones. Luego se abrieron las puertas del palacio y Nadán recibió los cumplimientos que se acostumbraban hacer a los que obtenían el alto puesto con que el rey Sinharib le había honrado.

Este primer brillo de la fortuna no había de alucinar a Nadán. Su carácter, cuyos vicios se habían escapado al discernimiento de su tío, era demasiado reconcentrado para manifestarse tan pronto; se mostró en esta ocasión digno de los honores que se le tributaban, por la manera de recibirlos, y se dirigió al palacio de Sinharib para ocupar su sitio en el *diwán* (consejo), rodeado de una corte tan brillante como numerosa, pareciendo digno a los ojos del mismo Haicar de la alta fortuna a la cual este respetable anciano le había destinado.

Sinharib, entregado a la molición, tenía necesidad de un ministro activo e inteligente; en Nadán lo encontró. Bien pronto el joven visir le pareció preferible al que se había retirado: consentía en asistir a las diversiones del rey y no se mostraba enemigo de los placeres reunidos en el interior de palacio. El monarca y su visir vinieron a ser amigos inseparables, y los asuntos de gobierno, en tanto, languidecían.

Poco a poco fueron levantándose quejas y murmuraciones; llegaron hasta turbar la tranquilidad de Haicar, que se vió obligado a dar cuenta de sus alarmas a su sobrino. Nadán lo escuchó con respeto, pero con gran frialdad; le prometió repararlo todo, aunque luego de nada se ocupara.

Sobrevinieron nuevos desórdenes; el antiguo visir volvió a la carga, y resultó importuno; fué a dar parte de sus inquietudes al rey en persona, y lo encontró prevenido. Nadán había paliado el mal a sus ojos y comenzaba a hacer un retrato desventajoso de su tío.

—La vejez —había dicho al rey— vuelve a Haicar sombrero y tímido. No ve ya claros los negocios y, a pesar de esto, querría desarrollarlos por sí mismo. Se había ya vuelto débil y no podía sostener la autoridad; no obstante, la echa de menos todos los días. Su humor me da pena, y si le hiciese caso, me sería imposible terminar ningún asunto en servicio de tu majestad.

Cuando Haicar se presentó ante Sinharib, se apercibió del efecto de las prevenciones que se habían dado contra él. El rey lo recibió fríamente, y al querer hablarle de sus negocios, el monarca le aconsejó que no se ocupara más que del cuidado de su salud.

—Yo estoy perfectamente enterado —añadió— de lo que me quieres hablar; las quejas que espíritus inquietos te han contado, son totalmente infundadas. Tu sobrino Nadán ha cumplido perfectamente mis órdenes y su deber. Recibe, sin embargo, mis más expresivas gracias por estas nuevas pruebas de tu celo y procura, sobre todo, conservar una salud que comienza a debilitarse.

Haicar volvió a su casa confuso y mortificado. Llorando se arrojó en los brazos de su esposa, y le dijo:

—Mi querida Asfagni: Nadán, el hijo que nosotros pensábamos haber venido del cielo para ser nuestra alegría y la defensa de Asiria, me ha arrebatado la confianza del rey. El va a perderlo todo y yo tendré la culpa.

—Consolémonos Haicar —respondió Asfagni—. Seducida lo mismo que tú por engañosas apariencias, yo te he ayudado a engañarte con respecto a él; pero no podemos decir que la bondad divina haya sido nuestra cómplice. Aquella voz que parecía llegar de lo alto, no venía del cielo; pero éste permitió que te engañase a ti, que salías del templo de Bel para arrancar a los decretos eternos una descendencia que no se te había concedido. Yo reflexioné desde hace mucho tiempo sobre esta desgraciada circunstancia, que si el Todopoderoso hubiera querido darte un

hijo, le hubiera sido más fácil hacerlo que atronar tus oídos con un ruido vano. Se ha permitido que un fraude fuese tu castigo de un acto de idolatría, imperdonable en un hombre tan instruido como tú, y por esta causa fuiste forzado a adoptar a Nadán. ¡Haga el cielo que él se detenga en su camino! La máscara de hipocresía que nos ha engañado tanto tiempo, puede ocultar todavía tramas odiosas.

Las reflexiones de Asfagni eran discretas y profundas; pero Haicar, cuyo corazón todavía quería tiernamente a su sobrino, no presumía que éste trabajase en verificar los justos presentimientos de su esposa.

Nadán, que ya experimentaba los remordimientos de su inquietud, trataba aún de apresurar la pérdida de su bienhechor, cuyas miradas y amonestaciones temía, cuya fortuna devoraba, cuya reputación le era molesta. Formó el proyecto de redactar contra sí mismo un libelo anónimo; pero en que pudiera reconocerse el estilo de su tío. Lo llenó de imputaciones falsas y atrevidas; todo, en el escrito, parecía especioso y dictado por el celo. Sinharib recibió el libro y se lo comunicó a Nadán.

El astuto ministro destruyó en un momento el efecto que hubiera podido producir su propia impostura. Al mismo tiempo que dejaba entender que Haicar solo era el autor del escrito, parecía enternecerse hasta llorar, y rogó al rey que perdonara la debilidad y la chochez de su tío, tomando, no obstante, las medidas necesarias para apartar a un hombre que cesaba de manifestarse como había sido y que era juguete e instrumento de la intriga.

—Tú le dejas, señor —añadía—, una numerosa guardia. Este aparato de grandeza le da un aire de preponderancia en el Estado que estimula a los descontentos a agruparse a su alrededor y a atormentarlo con sus visiones. Ellos son quienes le excitan a emplear todo su crédito para volver a ocupar el cargo que tenía, y no cesarán de inquietarnos hasta que vean que él ha perdido toda esperanza de favor.

—Yo podría desafiar —respondió Sinharib— la censura del pueblo, al que no debo cuenta alguna de los motivos de mis acciones, y llegaría a ser de tu opinión si no me detuviesen serias consideraciones; pero yo temería mortificar a Asfagni, a la cual debo muchos respetos como hermana de mi padre. Yo no seré capaz de disminuir en nada los honores concedidos a su marido, aunque sólo sea por respeto a ella.

Nadán era demasiado cortesano para no aplaudir las razones fundadas de los miramientos que Sinharib acababa de dar; pero, determinado a seguir su proyecto, se vió reducido a emplear los artificios más peligrosos.

La corte de Asiria estaba en tratos con la de Persia para el cambio de dos plazas fronterizas. Todo estaba convenido y terminado; sólo Nadán sabía la noticia. El correo debía de llegar sin tardanza para llevarle al rey.

Haicar recibió una carta, que se suponía venir de Persia de parte de un hombre cuya adhesión le era conocida. En ella le daba aviso de que el soberano de este país negociaba de mala fe, y de que en cuanto las tropas hubieran sido introducidas y establecidas en la plaza que los asirios debían entregarles, tenían intención de hacer entrar otras por subterráneos desconocidos en la fortaleza en que se alojaban los de Sinharib y los harían asesinar. La ejecución de este fingido proyecto parecía dejarse para el tiempo en que los rehenes hubiesen sido devueltos por ambas partes. Ningún detalle faltaba a este escrito para que su denuncia fuera plausible. Haicar tembló de indignación al conocer semejante atrocidad.

Residía Nadán en el palacio del rey, de donde no se ausentaba más que raras veces. Recibió una invitación urgente de su tío para que fuera a hablarle al momento, y él corrió con aire de la mayor premura.

—¿Qué ha sucedido, tío? —le preguntó—. Por la forma de darme tus órdenes he temido no llegar a tiempo para recoger tu último suspiro. Mas me tranquilizo al tener la dicha de verte gozando de tan buena salud. ¿Por qué clase de negocios tan urgentes me has hecho llamar?

—Por los negocios tuyos —le respondió Haicar—, por los de Sinharib y por los de toda la Asiria. ¡Lee esto!

Nadán, determinado a exasperar el humor de su tío, más aún por su actitud que por sus palabras, leyó la carta con un aire frío y desdeñoso, y así que hubo terminado, le dijo:

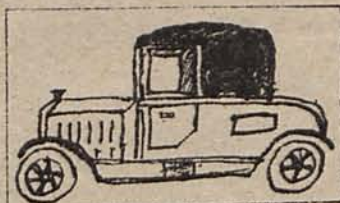
(Continuará en el número próximo.)

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE



Aquí veranea Pinocho.
ANGELITO LAFUENTE.
Ocho años. Madrid.



Un Fiat, 509.
J. ORDEN.
Trece años.



Casita de campo.
CARLOS CRUZ.
Diez años. Madrid.



Leyendo PINOCHO.
ANTONIO SÁNCHEZ.
Plasencia.



¡Qué buena cabalgadura!
F. MORENO.
Once años. Madrid.



Pinocho, triunfador.
INESITA CASANS.
7 años. Barcelona.



El general Vara
de Rey.
JOSÉ GONZÁLEZ.
Cuba.

HISTORIETA MUDA



JOSÉ SERRANO CUBILLO.
Nueve años. Villanueva de Murias.



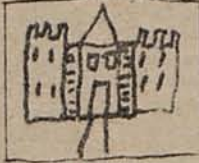
—Pero si no estudias, ¿cómo
quieres hacerte hombre?
—¡Toma! Pues creciendo.
JULIO ZAHONERO.
Doce años. Madrid.



El Plus Ultra.
JUANITO MANDO.



Mi casita de campo.
J. O.—Trece años.



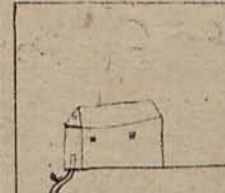
Un castillo.
LUISA CASARES.
Once años. Madrid.



Casa de mi tío.
JOSÉ CASTEJÓN.
Diez años. Serón.



Una parada.
MANOLO MONFORTÍN.
Once años. Sarriá.



La casa de Pinocho.
MANOLO BLANQUE.
Ocho años. León.

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección.
Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.

LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas... ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de **PINOCHO**, decirselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.



Los dos perritos.
MAGDALENA S. DE IMBERT.
Sarriá.

HISTORIETA



A gozar de la mañana,
van en auto Pascualín y Robustiana.



Mas un maldito accidente
los lanza por la tangente.



Y lloran, con desconsuelo,
el susto y el vapuleo.
CORITO SOLANO.
Nueve años.



Historieta, por JULITO ROCHA.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 97
Envío del suscritor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Quiero que hoy dediques tu charla, tan sabia, tan amena y tan agradable, a hablarme de la vaca. He oído decir que es uno de los animales que más utilidad reporta al hombre.

—Exactísimo. La vaca es un animal que produce dinero, y no me negarás que el dinero es de una utilidad indiscutible.

—No lo niego; pero también con su trabajo producen dinero al hombre el caballo, el buey, el mulo y otros muchos animales.

—Lo cual quiere decir que todos los que has citado son útiles; pero la vaca también lo es, ¿no es eso?

—Conformes.

—La vaca, querido Chonón, nos proporciona el riquísimo alimento de la leche, que bebemos, ya sola, ya mezclada con el café, con el té o con otros productos.

—A mí, como más me gusta es en natillas.

—Eres un goloso, Chonón.

—¿A ti no te gustan las natillas?

—Mucho.

—Pues entonces eres un goloso, querido buho.

—Y lo que también me gusta mucho es el flan.

—Ya te he dicho que eres un goloso.

—Vamos, que si te convidara a comer un flan, ¿me lo despreciarías?

—Nada de eso.

—Pues sigues siendo tan goloso como yo.

—Mira Chononcito, veo que hoy vienes en plan de enfadarme, y así no sigo adelante.

—Bueno, no te enfades, amigo buho, y sigue hablándome de la vaca.

—Hay vacas que producen cerca de treinta litros diarios de leche y aun más. Las vacas holandesas llevan fama por la gran cantidad de leche que producen y por la excelente calidad de este líquido. Por esto, la manteca y el queso holandés son los más exquisitos.

—Pero ¿el queso sale de la vaca?

—No seas torpe, Chonón. De la leche se obtiene la manteca y de la manteca, el queso.

—Tienes razón. He dicho una tontería.

—Y no sólo es la leche lo que se aprovecha de la vaca. Su carne es excelente, su piel se emplea para curtirla y se convierte en cuero, con el cual se fabrican maletas, calzado, atalajes, etc., etc. Los huesos y los cuernos tienen también su aplicación, pues con ellos se hacen punzones, mangos de cortaplumas, figuritas de ajedrez, botones y otras muchas cosas; el pelo sirve para hacer cepillos y pinceles. También se extrae de la vaca sebo, gelatina y ciertas sustancias muy útiles en la elaboración de medicamentos.

—Me dejas confuso, sabio buho. Tan confuso como si acabase de recorrer las naves de un inmenso bazar. Y dime, ¿comen mucho las vacas?

—Comen bastante; pero es más el tiempo que se pasan rumiando.

—¿Rumiando? No sé lo que es eso.

—Rumiando es volver a comer lo que se ha comido.

—¡...!

—No pongas esa cara, porque lo que te digo es rigurosamente cierto.

—Tendrás que explicármelo, porque no lo entiendo.

—La vaca tiene cuatro estómagos. El primero es como un saco, donde va a parar todo lo que come, en calidad de depósito nada más.

—Como si fuera un almacén, ¿no es eso?

—Justamente. De este primer estómago pasan los alimentos, sin digerir, al segundo depósito, donde se distribuyen por una porción de celdillas que son parecidas a las de un panal de miel. Cuando la vaca se ha hartado de pastar, descansa y se entretiene en ir sacando los alimentos de estas celdillas y volverlos a la boca para masticarlos detenidamente. A esto se le llama rumiar. Una vez rumiados los alimentos, pasan al tercer estómago, de donde van al cuarto para hacer una digestión total y perfecta.

—¡Qué barbaridad! ¡No habrá peligro de que se indigesten las vacas!

—Al contrario. Esta misma complicación de estómagos hace más posibles los trastornos. Por eso hay que tener mucho cuidado en dar buenos pastos a estos animales.

—¿Y son bravas las vacas?

—Algunas sí lo son; pero la mayoría son muy mansas. Un niño puede acercarse a ellas y ordeñarlas sin temor alguno. Es más, ellas mismas llaman a sus dueños para que las ordeñen cuando comprenden que ha llegado la hora de hacer esta operación.

—Lo que yo no me explico es dónde pastan las vacas que hay en las grandes capitales.

—No me extraña tu duda, porque, efectivamente, en las grandes capitales el campo está lejos y, por regla general, convertido en parques y paseos, donde los pocos prados que se ven sólo se utilizan como un motivo de embellecimiento, pero no como alimentación del ganado.

—Pues ahí está mi duda.

—En estos sitios las vacas no salen al campo, sino que se alimentan en establos hechos a propósito. Claro que esto es causa de que los animales no se crien tan bien como los que viven al aire libre y comen la hierba en el mismo sitio donde nace.

—Y la leche no será tan buena.

—Naturalmente. Ya te he dicho antes que las mejores vacas son las holandesas, y también son excelentes las suizas. En estos países está el campo lleno de vacas que pasan la vida pastando, engordando y haciendo una carne y una leche riquísimas.

—¿Sabes que me dan ganas de comprar una vaca?

—No creo que tengas ahorrado todo el dinero que hace falta.

—Pero ¿tanto cuesta una vaca?

—Si quieres un ejemplar bueno, que te produzca leche abundante, puedes ir preparando unas dos mil pesetas.

—¡Atiza!

—¿Cuánto tienes tú en tus ahorrillos?

—Sesenta y cinco céntimos.

—Entonces tendrás vaca.

—No te burles de mí, amigo buho.

—No me burlo; por sesenta y cinco céntimos yo creo que podrás encontrar una vaquita de cartón.

—¡La gran idea!

—¿Ves como todo tiene solución en la vida?

—¡Eres un sabio, querido buho!



CORRESPONDENCIA



Queridísimos Pinochistas:

Deciros que estoy siempre deseando complaceros me parecería lo mismo que decir que cuando el sol alumbra, es de día. Pero quizá no estorbe recordaros que estoy siempre deseando recibir vuestras indicaciones, proposiciones, consejos, sobre mi Semanario inmortal, colosal y sin igual para atenderlos siempre que esté en mi mano de madera.

Uno de vosotros me escribe diciendo que la letra en que se imprime mi Semanario es demasiado pequeña en algunas páginas. A mí me cuesta más caro que la letra sea pequeña, pero decidí emplearla para que tuviérais más cantidad de lectura.

Y lo que ahora quisiera que me dijerais es lo que preferís: es decir, si os gusta más que el Semanario siga como está, con letra pequeña y mucho texto, o si preferís que aunque tenga algo menos de texto, la letra sea siempre mayor.

Lo que decidais la mayoría de vosotros eso será hecho ahora y siempre aunque se opongan todas las brujas del mundo con Chapete a la cabeza.

Os envía el más cariñoso y apretado abrazo vuestro amigo invariable,

Pincho

NUNCA MEJOR OCASION

para utilizar el verdadero

regalo

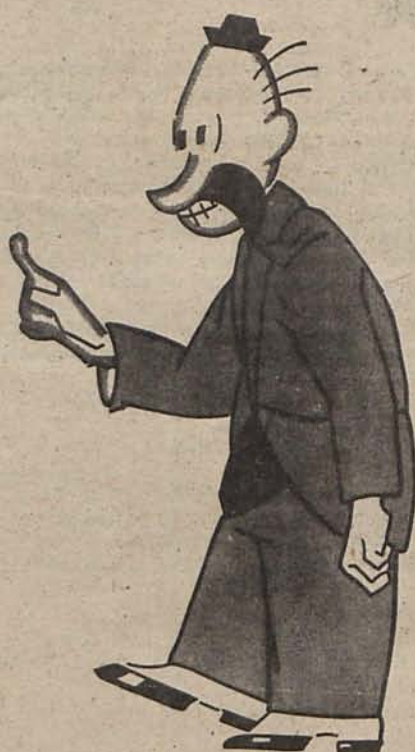
*que suponen los VALES de suscriptor para comprar libros de **Saturnino Calleja** con rebaja de la cuarta parte de su precio que las próximas fiestas*

NAVIDAD -- AÑO NUEVO -- REYES

en las que los muchachos inteligentes y de buen gusto sólo piden y regalan libros.

EL LIBRO ES EL AMIGO DEL HOMBRE.
LO QUE MÁS NECESITA ESPAÑA
Y LOS ESPAÑOLES SON

LIBROS



*VALE por una rebaja
del 25 por ciento a favor
de mi amigo y suscriptor
Don*

(1)

Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la **Editorial «Saturnino Calleja», S. A.**, obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea **una peseta de cada cuatro** que importe su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

PINOCHO CHAPETE Y LOS REYES MAGOS

Regalad a vuestros amigos este preciosísimo tomo de la incomparable serie PINOCHO contra CHAPETE.

Lo encontraréis en todas las librerías, y lo podéis recibir en vuestra casa pidiéndolo a la

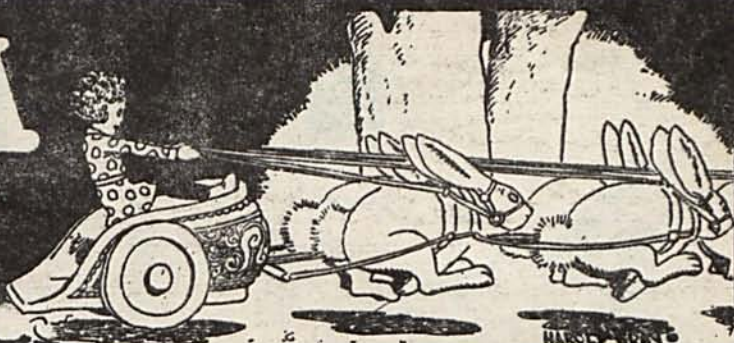
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
calle de Valencia, 28, Madrid,

y enviando 1,50 pesetas, más 0,75 para gastos de envío y franqueo certificado.

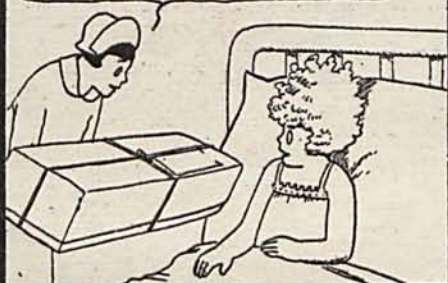
PINOCHO CHAPETE Y LOS REYES MAGOS

ANITA

BUEN-CORAZON



TOMA, ANITA. ESTE RAMO DE FLORES QUE HAN TRAI-
DO PARA TI DE PARTE DE PINOCHO



¡QUE BUENO ES PINOCHO! ¡ME
ENVIA ROSAS DE VALENCIA!
MIS PIERNAS NO FUNCIONAN
PERO MI NARIZ, SÍ, Y HUELEN
MUY RE-
QUETE-
BIEN!



DESDE QUE ME OPERA-
RON ESTOY MUCHO ME-
JOR; PERO NO SE AÚN
SI TENGO PIERNAS
O NO!



ACABA DE LLEGAR
EL CORREO Y HAN
TRAI-DO ESTE PA-
QUETE PARA TI.



¿ESTAS SE-
GURA DE QUE
ES PARA MÍ?

¡ANDA! ¡SI ES DE PIRULITA! DICE
QUE SE ACABA DE ENTERAR DE MI
CAÍDA Y QUE ME MANDA ESTA PE-
QUEÑA PRUEBA DE SU CARÍO.
¡QUE BUENA Y QUE SIMPA-
TICA ES!



¡CARAMBA! ¡DULCES QUE ME
MANDA DONTURLATO! ¡ESTABA
EN EL CIRCO CUANDO ME OCURRIÓ
EL ACCIDENTE! ¡EL POBRE SE QUE-
DO DEL SUSTO
MAS NEGRO
QUE CURRIN-
CHE!



¡QUE PENA ME DÁ NO PODER
MOVER LAS PIERNAS! Y ¡QUE
ALEGRÍA SIENTO DE TENER
UNOS AMIGOS QUE TANTO
ME QUIEREN!



UN PAQUETE URGENTE
QUE ACABA DE ENVIAR
CHAPETE.



¿UN PAQUETE UR-
GENTE, Y DE CHA-
PETE? ¿QUE SERÁ?

¡TEN CUIDADO, ANITA, QUE ESE
CHAPETE NO HACE MÁS QUE
DIABLURAS! ¡A MÍ UNA
VEZ ME QUISO CORTAR
LAS OREJAS PERO YO
LE DÍ UN MORDISCO
EN UNA PANTORRI-
LLA Y YA NO SE
ATREVIÓ CON-
MIGO!



¿NOTE
LO DECIA
YO? ¡UNA
CHAPETA-
DA!



¡ATIZA! ¡UNOS PA-
TINES! ¡COMO SE
BURLA DE MIS PIER-
NAS PARALIZADAS!

LA COSA A PESAR DE TODO
TIENE GRACIA. ES COMO SI A
UNA ANGIUILA LE REGALARAN
UN PAR DE GUANTES DE
BOXEO.



¡NO SON LOS REGALOS SOLA-
MENTE LO QUE YO AGRADEZCO
PELUCHO! ¡ES LA BUENA INTEN-
CIÓN! ¡LA INTENCIÓN DE HACER-
ME FELIZ EN MI CAMA DE INVA-
LIDA! ¡ESO ES LO
QUE MAS AGRA-
DEZCO!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1928,
by The Chicago Tribune

PARA NAVIDAD Y REYES



CUENTOS DE CALLEJA

*El mejor
regalo para*

los niños.

El que más

les entretiene.

El que más

les instruye.

El que más

agradecen, el

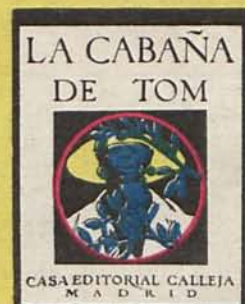
más práctico.

Para todos

los gustos y

para todos

los bolsillos.



CUENTOS DE CALLEJA

Los mejores

cuentos

ilustrados

por los mejores

artistas.

Las ediciones

para Niños

más atractivas,

más artísticas,

más variadas.

Para todos

los gustos y

para todos

los bolsillos.

**Cuentos
de Calleja**

**Cuentos
de Calleja**

